

LA LITERATURA COLOMBIANA

(Continuación)

José Joaquín Casas recogió la lira religiosa de Ortiz para entonar su inspirado y armonioso *Canto a la Virgen*, de una transparencia de estilo y de una blandura y nitidez de formas que hacen un modelo de esa inspiración juvenil. Casas ha escrito gran número de sonetos, en que recorre toda la escala del sentimiento y de la expresión, desde las notas ideales de la más pura inspiración mística hasta las realistas de cuadros de costumbres de extraordinario vigor. En sus *Recuerdos de fiestas* se mezclan esas dos fuentes de inspiración, alternando las coplas populares con patéticos acentos salidos del alma. Sea cual fuere el género que cultiva Casas, ya reproduzca escenas de la aldea o de la montaña, ya traduzca a Longfellow, a Schiller o a Vigny, sus versos son admirable modelo de perfección artística.

Diego Uribe conquistó los corazones y se atrajo para siempre las simpatías femeninas con su libro *Margarita*, consagración por el arte de un amor bendecido por el cielo e inmortalizado por el dolor. Pero no se ha limitado Uribe a lamentar egoístamente sus penas, sino que ha extendido su tierna y humana compasión sobre los seres humildes y desconocidos que sufren y lloran entre la dura indiferencia del mundo y hasta sobre las criaturas inferiores, cuyas confusas impresiones interpreta con simpática comprensión, poniendo una lágrima de nostalgia en las pupilas de la tigre hircana. En medio del tráfigo prosaico de la vida diaria, Uribe ha conservado limpia su visión poética de las cosas e intacta la fuente de su sensibilidad. Su linda poesía *En el barbecho* simboliza en el ave que canta, posada en las astas del

buey de labor, su fe en la misión eterna y consoladora de la poesía. Los versos de Uribe tienen un timbre suave y un ritmo arrullador, propio de su inspiración elegíaca.

Ismael Enrique Arciniegas enriqueció la antología becqueriana con algunas de sus más legítimas inspiraciones, como los populares versos *En Colonia*, *Leyendo*, etc. Pero su musa gentilísima y elegante, de porte aristocrático, se ha movido en campos muy diversos, luciendo en miniaturas como *Su alcoba* y *Su corsé*, en grandes lienzos como *Tropical*, en sonetos de perfección parnasiana. Es, además, Arciniegas admirable traductor de poetas modernos y ha sabido dar su forma propia en castellano a esos pequeños poemas franceses que encierran un episodio, un breve drama familiar en estilo que une la sencillez a la elegancia: fusión más fácil de alcanzar en aquella lengua que en castellano.

La temprana muerte de Joaquín González Camargo privó a su patria de poseer un gran poeta, que dejó en la corta colección de sus versos pruebas auténticas de su genio. *Estudiando* es una original inspiración, que, como los tercetos de Acuña *Ante un cadáver*, recuerda que el soñador artista manejaba el escalpelo del practicante. *Viaje de la luz* mereció a don Juan Valera uno de esos juicios que, viniendo de tan alto, constituyen una glorificación.

La influencia de Bécquer sobre José Asunción Silva (1865-1896) es visible en los versos que publicó *La Lira Nueva*. Hay exquisita delicadeza y la preocupación altamente poética del *más allá* en *La crisálida*, símbolo de la inspiración del vate en sus luminosos comienzos. Un temprano viaje a París lo puso en comunicación directa con la literatura francesa y fue desde entonces el más parisiense de nuestros escritores, sin perder por eso el carácter bogotano heredado de su padre don Ricardo.

Porque Silva, así volvía los ojos, con hechizo, hacia las viejas tradiciones y los cuentos infantiles, como miraba ansioso a lo porvenir, queriendo anticiparse a las futuras revelaciones de la ciencia y del arte. En otro trabajo nuestro citamos una página de André Suarés sobre Baudelaire que puede aplicarse punto por punto para caracterizar la vida y el genio de Silva. Pero la poesía de éste, si entraña una renovación por el aspecto de la sensibilidad y produce un *frisson nouveau*, como toda manifestación sincera de arte superior, no rompe la cadena de la evolución poética en Colombia. Silva tiene su puesto en seguida de Diego Fallon, a quien admiraba mucho y a quien dedicó una linda poesía. Los versos de Silva son de irreprochable perfección artística y amplían, pero no rompen, los moldes de la versificación tradicional. Jamás hizo versos cojos con el pretexto de enriquecer la métrica castellana: debilidad en que incurrió el propio Rubén Darío. Silva es original y grande por el sentimiento hondo, amarguísimo, de quien ha probado en la primera juventud todos los juegos de la vida y en todos ha hallado gérmenes letales; por la distinción y elegancia con que traza cuadros que recuerdan las telas de Watteau y de Boucher; por la intensidad del pensamiento, que despierta en el alma hondas vibraciones; por esa mezcla de ingenuidad y de pesimismo, de idealidad y de ironía que hace de sus cantos un fruto de sabor nuevo en nuestra literatura. No se ha estudiado todavía la psicología de Silva ni el proceso intelectual y sensitivo que lo condujo de las auroras de *En marcha* a la negra noche de *Las gotas amargas*, que ya no recuerdan a Bécquer sino a Bartrina, y a la noche más sombría del suicidio. Silva puso fin a su carrera antes de cumplir los treinta años. Si hubiera vivido más, es probable que hubiera disputado a Darío el cetro de la poesía modernista, no

sólo en América, sino en España. *El nocturno*, su más popular composición, es una de las piezas capitales del arte nuevo; es una de esas raras y felices inspiraciones en que un sentimiento profundo y casi inefable halla un motivo poético que lo exprese y una forma plástica que lo encarne; vaga sinfonía que suena como cosa inaudita y que, sin embargo, está constituida con elementos de admirable sencillez. Pocas veces la música ha brotado tan íntimamente de las entrañas del tema y ha alcanzado un poder evocador tan grande.

Glorificó a Silva con un canto que es como un bajo relieve helénico, una apoteosis pagana de Adonis, Víctor M. Londoño, artista que ha buscado incansablemente la unión armoniosa y perfecta del fondo con la forma, y ha procurado infundir en el mármol pentélico sutiles emociones modernas. Su repertorio no es muy abundante, pero es de rara y exquisita selección. Londoño es, además, crítico penetrante y sugestivo y ha puesto en circulación ideas y emociones nuevas, contribuyendo a hacer fecundo el movimiento literario de su patria.

Alcanzó a figurar en *La Lira Nueva* un poeta que luego se ha contado entre los más populares del continente: Julio Flórez. Es éste el tipo del trovador espontáneo y romántico, de estro tumultoso, que ostenta todos los ardores y todos los reflejos del sol tropical, y hace de la versificación una orquesta que resuena con las infinitas voces de la naturaleza. Es Flórez magnífico poeta descriptivo, de imágenes nuevas y deslumbrantes, y ha renovado los temas del romanticismo desengañado y tétrico con rasgos propios y personales que dejan ver un fondo de sombrías desolaciones en medio de los esplendores de la pasión arrebatada e indómita. Flórez recuerda, no sólo por sus versos sino por su gallarda apostura, a los bardos del año 30, discípulos de Zorrilla y de Espronceda.

(Continuará).

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFIA.—CIENCIAS.
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 0,20 oro

Suscripción por año (adelantada)..... 2,00 »

Número atrasado..... 0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, señor don Ernesto Merizalde Durán, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico